

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 320

Barcelona, 18 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

El Nietzsche que se lee y el que no se lee

La incompatibilidad de Nietzsche con el III Reich

El «*Pariser Tageszeitung*» ha publicado un interesante artículo del doctor Bruno Altmann, titulado «El Nietzsche que se lee y el que no se lee. La incompatibilidad de Nietzsche con el Tercer Reich». El autor afirma que la mayor parte de los nazis que exaltan a Nietzsche como profeta y padre espiritual del Tercer Reich, ni siquiera conoce sus obras y que aquellos pocos que lo han estudiado de veras reconocen la incompatibilidad de su pensamiento con sus propias «ideas» y lo rechazan como antipatriota, «Kultur-Bolchevique» y «protector de judíos».

Traducimos la parte más importante del artículo:

De dichos y opiniones cogidos al vuelo, del conocimiento insuficiente de sus obras, la joven generación nazi sacó la conclusión de que Nietzsche hablaba desde lo más profundo de su propia alma nazi. Llegó a ser nazi, sin conocer a Nietzsche. La filosofía nazi oficial, haciéndose intérprete de ese estado confuso y superficial de los espíritus, intentó sacar ventajas de él para el Tercer Reich: convirtió a Nietzsche en nacionalsocialista cien por cien, apoyándose para ello en ciertos dichos y aforismos suyos e interpretándolos a su manera. Hellpach, que antes fue un «buen europeo», pero que hoy no es más que un filósofo de cátedra al servicio del Führer, «arregló» a Nietzsche, con arte de peluquero, hasta el punto de presentarle como defensor de las teorías de la «sangre» y de la «tierra». Alfredo Bammeler, el otro desertor del campo liberal, afirma que Nietzsche ha hecho salir la cultura alemana de la Edad Media «artificialmente» y que Hitler ha prestado ese mismo servicio a su pueblo «políticamente». De todos modos, el prestigio de Nietzsche fue apropiado para los «intereses» del Tercer Reich.

Pero con Nietzsche les pasó a los nazis una cosa semejante a lo que les pasó a sus abuelos con Gobineau. Estos habían oído hablar tanto de la exaltada germanofilia del conde francés, que le convirtieron *bona fide* en el intérprete de su teoría nacionalista y racista. Por fin, algunos de aquellos admiradores *a priori* tuvieron la fatal ocurrencia de procurarse la obra sobre la «Desigualdad de las Razas» y de emprender su lectura. Entonces vieron que en los cuatro tomos no había absolutamente nada de lo que, según sus conocimientos fragmentarios, esperaban encontrar. Vieron que Gobineau está muy lejos de considerar a los alemanes — como ellos esperaban — como germanos del tiempo de los teutones, vándalos y godos, y a los alemanes contemporáneos como los descendientes de aquéllos. En su concepto de los germanos entraban más bien los franceses y poco a poco ese concepto en su pensamiento dejaba de ser un concepto etnológico, inclinándose francamente a lo sociológico. «Germanos» eran para Gobineau, en fin de cuentas, sencillamente los pertenecientes al estado nobiliario. Considerados desde el punto de vista puramente etnológico, los alemanes precisamente son para Gobineau decididamente no germanos. Son para él «Mischmasvolkz par excellence», el pueblo mezclado por excelencia, y los caracterizó como representantes de una serie de malas cualidades, como don de herencia, precisamente debido a esa mezcla caótica de pueblos. En cuanto a los judíos, resulta que en la obra de Gobineau no hay ni el más ligero gesto antisemita, sino que la actitud de Gobineau frente a ellos es apologética, es decir, los defiende. Y esto, para Hockner y sus partidarios, era naturalmente el colmo. Houston Stewart Chamberlain tuvo que re-descubrirlo como teórico de la raza y «arreglarlo» para el gusto de los antisemitas alemanes.

Una sorpresa parecida han experimentado ahora los nacionalsocialistas, cuando — después de conocer a Federico Nietzsche sólo de oídas y «leídas» superficiales y fragmentarias — se pusieron a leer sus obras seriamente.

¿Dónde — decidme —, dónde hay en Nietzsche algo que se parezca a «Mi lucha» de Hitler?

En la Biblia del Tercer Reich emite el Führer — que como elogiado fracasado debe estar a la altura del problema — también algunos juicios sobre la ciencia: Afirma que la ciencia es una cosa bastante buena, y útil además, pero solamente cuando sirve a finalidades patrióticas. Para los nacionalsocialistas esto está claro: como la ciencia está al servicio de las necesidades y finalidades de la guerra, la ciencia está justificada, más allá de esto es indiferente o perjudicial. Pues bien, es verdad que Nietzsche, en su período wagneriano, cuando todavía hacía del arte una metafísica religiosa y divinizaba a Wagner, trataba a la ciencia con bastante desdén. Pero en ninguna de sus

obras se puede encontrar nada, absolutamente nada de que la ciencia debe ser física de guerra, química de guerra, medicina de guerra y que debe servir para estimular y aguijonear al «Wehrgeist», al espíritu militar y al «Wehrwillen», la voluntad militar. Y más aún: Nietzsche, después de haber superado su período wagneriano, después de haber roto con Wagner y Schopenhauer, ha exaltado al «hombre científico» en sentido socrático y volteriano, como el tipo más alto de la cultura humana. Pero ni una sola vez se postula en los escritos de esta etapa el empleo de la ciencia para usos patrióticos. Según Nietzsche, la ciencia tiene que legitimarse como voluntad de conocer, y debe servir como base de conocimiento, principalmente para problemas filosóficos, problemas vitales de sabiduría que constituyen lo más hondo de nuestra concepción del mundo («Weltanschauung»). Quien emplea la ciencia a lo Bacon y a la manera de los utilitaristas ingleses para meros aprovechamientos prácticos, según el programa, por ejemplo, de estudiar la naturaleza, para utilizar las fuerzas naturales, o de estudiar la psicología humana, para dominar a los hombres, la está ya degradando y rebajando, según Nietzsche, al ideal del «burgués ramplón de Manchester». Pero mucho más todavía aquel que quiere someterla a finalidades político-militares. Este último se atrae el más soberano desprecio del filósofo, porque está obnubilado por el servicio de cuartel y jamás merece ser otra cosa que un suboficial encargado de las clases de instrucción militar. Eduardo von Hartmann perdió para siempre la estima de Nietzsche, por haberse entregado completamente a ese «espíritu de cuartel» («Kasernen-Ungeist»), en la expresión de Nietzsche; «Ungeist» significa literalmente el *no-espíritu*, el *anti-espíritu*, es decir: la barbarie, cuando, en 1870, hizo un llamamiento a los representantes de la ciencia, para que ayudasen al ejército prusiano con química y técnica.

Hablando en general del patriotismo, vamos a ver: ¿Cuál fue la actitud de Nietzsche frente a la idea de la «patria»? Porque el nacionalsocialista sabe muy bien lo que le prescribe Hitler: un Estado con súbditos, no con ciudadanos, un país armado hasta los dientes, con un pueblo ardiendo de apetitos y deseos imperialistas. Esta patria, un valor en sí, un objeto de culto religioso, culto mucho más riguroso y exigente que cualquier culto propiamente religioso. Todo esto, mandado por Hitler. Pero este Nietzsche se permite pensar tan libremente sobre el culto de la patria, como Kant y Goethe; considerándolo como el fracaso de la cultura. En «Más allá del Bien y del Mal» habla del ideal burgués de la patria y explica su formación por una especie de pereza mental. Para comprender la realidad el hombre necesita «principios de orden». La «patria», según Nietzsche, no es más que uno de estos principios de orden. ¿Pero cuál? Pues justamente el adecuado a la «inteligencia dormida de los filisteos», que se horrorizan ante perspectivas universales.

La «patria» como valor en sí. Pues bien, entonces debe haber también diferencias de valor entre las muchas patrias y un nazi debe esperar del alemán Federico Nietzsche que entone un himno de alabanza a Alemania como la patria más espléndida de todas las patrias. Pero, ¡qué! Este miserable «Kultur-bolchevique» se atreve a consignar a Alemania un rango cultural inferior al de otros países y de encontrar que el patriotismo del pueblo alemán es el «menos tolerable» y el que menos derecho a existir tiene. El mismo habla con orgullo de sus antepasados polacos; le atraía la cultura románica; vivía y pensaba en Suiza o en la Riviera.

¿Dónde, ¡diablo! cumple Nietzsche las promesas que en su nombre han hecho los nazis profesionales Hellpach y Augusto Messer: de hacer causa común con ellos en la defensa de la «sangre» y de la «tierra»? No cabe duda de que en su obra también habla de raza, y hasta con bastante frecuencia. Pero al fin y al cabo no dice otra cosa que lo que más tarde enseña la escuela filosófica de Vindland: los dones naturales, cualquiera que sea su origen de herencia, no fundamentan de por sí el derecho a altas valorizaciones. ¡La naturaleza es el reino de las cosas libres de valorizaciones! Sobre esta cuestión escribe tan despreocupadamente como Oswald Spengler, que, después de la llegada de Hitler al poder, se permitió decir en su libro «Años decisivos»: «La raza no se es, la raza se conquista... Llego a suponer que quien habla mucho de raza, no la tiene». Y estas ideas, aplicadas al problema judío, lejos de des-

(continúa en la página siguiente)

Pero con Nietzsche les pasó a los «nazi» una cosa semejante a lo que les pasó a sus abuelos con Gobineau. Estos habían oído hablar tanto de la exaltada germanofilia del conde francés, que le convirtieron «bona fide» en el intérprete de su teoría nacionalista y racista. Por fin, algunos de aquellos admiradores «a priori» tuvieron la fatal ocurrencia de procurarse la obra sobre la «Desigualdad de las Razas» y de emprender su lectura. Entonces vieron que en los cuatro tomos no había absolutamente nada de lo que, según sus conocimientos fragmentarios, esperaban encontrar.

La obra de facciosos y camisas negras, según el Delegado del Fascio en el Sur de España

París, 14. — Según comunica la Agencia España, el «A B C» de Sevilla recoge unas declaraciones hechas en Córdoba el 4 del actual por el delegado del Fascio italiano en el Sur de España, Sulluotti, que ha dicho, entre otras cosas: «Los soldados de España, unidos a los legionarios italianos que luchan y han dado su sangre por la fe y el ideal, harán de España algo grande y extraordinario.»

La colonización de Zaragoza bajo el dominio rebelde

París, 16. — La Agencia Havas recibe noticias de Zaragoza según las cuales los militares extranjeros que se encuentran de paso en la capital aragonesa gozarán en lo sucesivo de tarifas especiales reducidísimas en todos los cafés y restaurantes de Zaragoza, previo un documento especial que les facilitará el Ayuntamiento. — Fabra.

EL NIETZSCHE QUE SE LEE Y EL QUE NO SE LEE

(Continuación)

embocar en opiniones del gusto de los Hitler y Streicher, conducen, muy al contrario, a una violenta negación del antisemitismo. Nietzsche no quiere tener el más mínimo contacto con su cuñado, después de que éste se ha hecho secuaz del antisemita Fritsch; le duele ver a su hermana en esta compañía; para él los antisemitas ni siquiera tienen el nivel necesario para una discusión seria. Más aún: este Nietzsche va tan lejos que llega a decir que los antisemitas alemanes le inspiran asco físicamente, que le dan náuseas y pide seriamente que se les meta en un manicomio.

¿Nietzsche nacionalsocialista? ¿Nietzsche, el antipatriota; Nietzsche, el despreciador del antisemitismo; el antialeman; el antimilitarista; el amigo del «gay saber» libre de toda finalidad; el conquistador infatigable de la sabiduría y de la verdad? ¡Mentira! Mentira, propagada para una agitación política de la peor especie.

Este estado de cosas empieza a ser comprendido por la joven generación nazi. El Nietzsche que no se lee es para ella una esperanza, el Nietzsche que se lee, una decepción. Con algunos aforismos suyos parece dar razón a los nacionalsocialistas, pero... «pa-

rece»; en realidad, sus conclusiones son completamente distintas y el resultado es que las tesis nacionalsocialistas quedan rechazadas punto por punto. La bestia rubia..., el superhombre..., el anticristo, con eso ya se puede fabricar ideología a la Baeumler o «marca Rosenberg», con eso ya se puede soñar con rumbo hacia las fantasías de Hitler, pero comparadas con el pensamiento de Nietzsche, estas burdas chapuceras son lo mismo que la tortuga comparada con Aquiles.

Después de que el embuste fué descubierto como tal, los que llevaban la voz cantante cambiaron de actitud. No, dice Heidegger, Nietzsche no era un representante del Tercer Reich. Y Arnold Ruge, antes asesino de la Vehmam, hoy profesor de filosofía de la Universidad de Greifswald, dice esto: «Gente de nuestra calidad no debería ocuparse siquiera de ese protector de judíos que se llama Nietzsche.» Los Baeumler, Hellpach, Messer, etc., han hecho el silencio alrededor del asunto «Nietzsche pro Tercer Reich».

Dr. Bruno ALTMANN

(«Pariser Tageszeitung», 5-XII-1937.)

Causas de la política extranjera italiana

Pérdida de influencia en España y Portugal

París, diciembre. — Aunque la opinión francesa reconoce que la esperada salida de Italia de la Sociedad de Naciones sólo dará confirmación oficial a un estado de cosas que existe desde hace algún tiempo, se considera como un nuevo paso en la evolución de Italia hacia una política agresiva antibritánica y antifrancesa en el Mediterráneo y en el Norte de África.

Sin embargo, dúdase de que Italia prosiga esta evolución con plena confianza; porque se cree no sólo que ha dado este paso por insinuación directa de Berlín para que se una a Alemania y al Japón, sino que toda la política italiana está manejada por Alemania. La prensa italiana se muestra irritada y, a la vez, descorazonada porque Londres, después de haber estado dispuesto, hasta mediados del verano pasado, a negociar con Roma, no tiene ahora prisa en iniciar las conversaciones que pudieran conducir a un mejor estado de ánimo, y se ha negado a ofrecer la ayuda financiera que Italia esperaba.

Italia, al ver que las potencias occidentales no pueden ser intimidadas, no ha podido ocultar su disgusto. La mejoría de sus relaciones con Yugoslavia ha sido interpretada francamente por el corresponsal pro fascista de «Le Temps» en Roma como parte de un plan destinado a fortalecer sus posiciones en el continente, con el fin de actuar con más libertad en el Mediterráneo; pero aquí se considera que representa un esfuerzo para evitar que la influencia alemana se extienda demasiado hacia el sureste, esfuerzo que también tuvo expresión en la insistencia del gobierno italiano, cuando el presidente del Consejo húngaro fué a Berlín, en que el Protocolo de Roma (Pacto firmado por Italia, Austria y Hungría) tuviese prioridad sobre cualquier compromiso extranjero que pudiera contraer Hungría.

En efecto, créese en algunos círculos que Italia está dándose cuenta de que su política mediterránea puede reducirla a servir de pararrayos de la réplica anglofrancesa, dejando a Alemania las manos libres para alcanzar en la Europa central un dominio que pudiera ser peligroso para la existencia italiana.

A este respecto, hay que observar que la influencia italiana en la España de Franco disminuye a ojos vistas y que su presión sobre Portugal para tratar de impedir que el Gobierno portugués

reciba a la misión militar británica que va a discutir la manera de dar efecto a la alianza angloportuguesa, ha fracasado, puesto que la fecha de su llegada ha sido fijada ya.

Se considera dudoso que la retirada italiana de Ginebra produzca algún efecto en otros miembros de la Sociedad, si bien se piensa que la persuasión italiana pudiera tener buen éxito con algunos pequeños estados de Eu-

ropa y de la América latina, no para hacer que se retiren de la S. de N. sino para que no envíen delegaciones a la próxima asamblea. El que esto suceda o no, depende de que Francia y la Gran Bretaña puedan inspirar a los pequeños países la confianza de que serán apoyados.

(«The Manchester Guardian», 11-XII-1937.)

Más pruebas confesadas de la intervención italiana

Roma, 16. — Hoy se ha publicado la undécima lista de legionarios italianos muertos en España. La lista en cuestión contiene 79 nombres. — Fabra.

Un nuevo ataque de los «nazis» contra Herriot

Otra falsedad de la prensa de Goebbels

Berlín, 8 diciembre. — Después de la violencia demostrada por Italia contra un supuesto discurso del ministro francés de Marina, ha empezado la prensa nacionalsocialista una nueva campaña de falsedades contra una alta personalidad de la política francesa. El «Berliner Borsen-Zeitung» afirma que el Presidente de

la Cámara francesa, Eduardo Herriot, dirigió en una sesión del partido radical-socialista un ataque contra las naciones no democráticas. El periódico se expresa así:

«Herriot expuso la tesis de que se debería atacar a todos los países que no tuvieran el mismo criterio que Francia. Mientras que el fascismo y el nacionalsocialismo tratan de hacer comprender a las naciones que ningún país tiene derecho a mezclarse en la política de los demás, Herriot impone su democracia a la fuerza. Emplea los métodos del bolchevismo. El presidente de la Cámara francesa demuestra nuevamente su predilección por el comunismo y la democracia del Frente Popular. Es sabido que Herriot es el padre de la alianza militar franco-soviética, política perturbadora que aprovecha la primera ocasión que se presenta para agravar los desórdenes que puedan producirse en el interior de un país.»

El artículo termina diciendo: «Estamos también convencidos de que, a pesar de estar aún fresco en la memoria de todos el recuerdo de los horrores de la conflagración europea, en Francia se instruye a los soldados para la guerra. No se nos oculta el peligro que significa para la paz la desastrosa política que practican esos políticos aventureros bajo la máscara de un poder reaccionario, sin considerar sus terribles consecuencias. No hay duda de que juegan con fuego. Los franceses razonables deberían apartarse de esta clase de políticos que no se diferencian mucho de los incendiarios profesionales.»

(«Pariser Tageszeitung», 9-XII-37.)

La intervención de Alemania en España, con sus fuerzas aéreas⁽¹⁾

Ciertas informaciones, una por lo menos de las cuales es muy seria, anunciaron hace poco que Alemania e Italia refuerzan notablemente sus elementos aéreos destacados en España.

¿Es real ese esfuerzo? Parece probable, puesto que, desde el principio de la guerra civil hasta hoy, las fuerzas aéreas expedicionarias de los dos países no han dejado de aumentar y también porque ambos países no han alcanzado aún el objetivo que se proponen y este objetivo exige el empleo de mayores medios.

La intervención de Italia es perfectamente conocida. La de Alemania lo es menos. Alemania, desde hace muchos meses, finge tener menos interés en los asuntos de España. La realidad es muy distinta.

La intervención germánica, que se efectúa sobre todo por medio de fuerzas aéreas y antiaéreas, no tiene sólo por objeto, como en general se piensa, hacer pruebas de materiales en un cuadro de guerra.

Esa intervención se hace en masa, es obra de un pequeño ejército del aire, continúa después de los acuerdos de Londres y a pesar de ellos; y, por tanto, viola de la manera más flagrante esos acuerdos.

Es inhumana en sus procedimientos y nos parece que debería ser considerada como odiosa por aquellos que ponen los sentimientos de humanidad por encima del egoísmo de las naciones y de las ideologías.

Es poderosa, hasta el punto de que ha sido, en realidad, la que proporcionó ayer a Franco todos sus éxitos en la España del Norte. Es, por consiguiente, inquietante para el mañana.

Los aviadores gubernamentales saben que luchan en el aire, no contra una aviación española, sino contra una aviación alemana e italiana. Los aviadores españoles nacionalistas están relegados a un segundo término, en los estados mayores, en los «servicios» de vanguardia y retaguardia, y sólo se les confían aviones antiguos cedidos por las aviaciones alemana e italiana. De hecho, los aviadores gubernamentales combaten contra sus adversarios extranjeros con tanto ardor como los aviadores franceses en 1918, contra un enemigo calificado de hereditario.

La opinión que ellos tienen acerca de la nacionalidad de los aviadores contrarios se funda en múltiples y serios informes, especialmente en las declaraciones de los aviadores hechos prisioneros. Además, en las jornadas decisivas de las operaciones de Brunete y de Belchite, en agosto y septiembre, en que hubo en el aire 200 y hasta 250 aviones, 27 aeroplanos nacionalistas en el primer caso y 22 en el segundo fueron derribados en las líneas gubernamentales. Y se comprobó que todos los tripulantes caídos eran alemanes e italianos. ¡Sólo en uno de los aparatos había un observador español! He ahí, sin duda, dos hechos significativos.

Las fuerzas aéreas y antiaéreas italianas — y aún más las alemanas — forman un conjunto autónomo y completo en el que todo es alemán, desde el general hasta el simple soldado, en los Estados

Mayores, en las formaciones y en los servicios. Tienen también su zona de acción propia: el Norte de España ha sido, por ejemplo, teatro de acción exclusivo de la aviación alemana durante las operaciones contra Bilbao, Santander y Gijón.

En el seno de este pequeño ejército aéreo alemán hay un grupo de experimentación que ensaya los materiales nuevos en los pobres españoles o en sus bienes.

Un hecho actual prueba, por otra parte, que Alemania ha continuado su intervención con posterioridad a los acuerdos de Londres y la continúa aún ahora. El cinco de diciembre, unos veinte aviones «junks», trimotores, llevaron a cabo un bombardeo escollado por otros veinte aviones de caza muy rápidos, que hacen cuatrocientos kilómetros por hora, de tipo «Inesserschmitt», que es el avión de caza alemán más moderno, puesto en servicio este mismo año. Tres de esos aviones «Inesserschmitt» fueron derribados por los gubernamentales y los aviadores hechos prisioneros confirmaron que la llegada de tales aviones a España se ha hecho de una manera escalonada desde el verano hasta hoy. Podemos garantizar la autenticidad de este acontecimiento aéreo y de los informes que aquí citamos.

* * *

La aviación alemana, más aun que la italiana, es la que produce las hecatombes en la población civil de las grandes y pequeñas ciudades comprendidas en el frente de Aragón y en el de Madrid y en la costa mediterránea, especialmente en Reus, Tarragona, Barcelona, Tarancón y Lérida. En esta última ciudad, una bomba que cayó en una escuela dió muerte a 50 niños. En las operaciones contra el Norte de España, cuando la población civil, enloquecida, se aglomeraba peligrosa pero fatalmente, en los grandes poblados y en las ciudades de la costa: Bilbao, Santander, Gijón, los aviones alemanes la perseguían por los caminos con sus ametralladoras y bombardeaban todas las masas humanas. Como los bombardeos se hacían a escasa altura, no se puede decir que los ataques a la población civil sean obra de la casualidad. ¡Cuántas veces, sin embargo, no se ha sostenido en Francia que, en caso de conflicto, Alemania no se atrevería a atacar a las poblaciones indefensas, por temor a provocar la condenación universal! Alemania ya ha hecho un número elevadísimo de víctimas civiles en un país en el que se comprometió a no intervenir, bajo garantía de su honor, y en donde todavía hoy pretende no estar interviniendo.

El carácter a la vez desleal y odioso de esta intervención se observa aún mejor en el cuadro de conjunto de las operaciones en la España del Norte, a la vez que allí también se revela su potencia.

(Continúa en la página siguiente)

(1) Nuestro eminente colaborador, el general Armengaud, ha ido recientemente a España en donde, sin pasión, sin prejuicio alguno, sin mezclarse en la política de la que permanece alejado, ha podido hacer objetivamente cierto número de comprobaciones de orden militar, de cuya gravedad podrán darse cuenta los lectores de «La Dépêche».

Continúa la lucha anticristiana en Alemania

Sin ruido, sin violencias externas, pero con extraordinaria continuidad, las autoridades del Tercer Reich prosiguen su campaña de abolición del cristianismo en Alemania. «L'Osservatore Romano» ha revelado recientemente la prueba de ello en un artículo que ha sido reproducido por la prensa del mundo entero.

HACIA UNA RELIGION DE ESTADO NACIONALSOCIALISTA

Todo el esfuerzo metódico de supresión de las asociaciones religiosas de la juventud tiende a un fin: el de favorecer la organización de una religión del Estado nacionalsocialista. Ya se ha demostrado esta tendencia en las ceremonias de «consagración» de los lugares de culto nacionalsocialista y en las que efectúan Rosenberg, en Torgau, y Goebbels, en Segeberg.

Examinemos otros hechos. Se ha ordenado a todas las formaciones del partido que preparen especialmente, para uso de la juventud, salas dedicadas a culto (*Weihstättchen*), con estatuas verdaderas en sus edificios oficiales. Comunican de Munich que la capilla instalada, desde tiempos de la República de Weimar, en la estación central de esa ciudad, para que los viajeros pudieran asistir a misa los domingos antes de salir hacia la montaña, ha sido substituída por bancos de periódicos.

Lo que, desde luego, parece caracterizar a esta religión de Estado con la cual se trata de substituir a las confesiones cristianas, es que el culto que se organiza no es otro que el del propio Adolfo Hitler, consi-

derado desde ahora como una especie de Mesías.

EL CULTO A ADOLFO HITLER

En el mes de octubre, después de las «consagraciones» de Torgau y de Segeberg, se efectuó una tercera, en el antiguo Hospital militar de Pesevalk, donde fué curado el canciller en octubre de 1918. El hospital ha sido transformado en una especie de capilla en la que Hitler está representado de varias maneras. Se le ve primero sobre una estela, luego como «soldado desconocido del frente», derribando el dragón, y por último en la figura de un caballero colocado entre la muerte y el diablo, lo cual es una adaptación de un célebre cuadro de Alberto Durero.

En las paredes de este «lugar sagrado» hay, religiosamente pintadas en letras de oro, unas frases tomadas de «Mein Kampf». En la ceremonia de inauguración declaró Rudolf Hess en su discurso:

«El Altísimo ha estado con el *führer*, porque ha estado con Alemania. Que este lugar de recogimiento lo recuerde siempre a nuestro pueblo, para que éste, en el porvenir, sea siempre digno de la bendición del Altísimo.»

El tema cada vez más corriente de los discursos nacionalsocialistas es aquel que presenta a Adolfo Hitler como Mesías enviado de Dios y como genuina encarnación de Alemania.

El número 304 de la «National Zeitung», que se edita en Essen, ha publicado el contenido de una «Ho-

ra solemne matinal de las juventudes hitlerianas» masculinas y femeninas del distrito de Mülheim-Ruhr. A él pertenecen estas líneas: «Tenemos una gran ley por encima de nosotros. Su nombre es Alemania. Tenemos ante nosotros el mayor *führer*, pero Adolfo Hitler es Alemania.»

Damos, por último, el texto de la profesión de fe del «Gauleiter» Meyer, gobernador del Reich, extraída de un discurso pronunciado por él el 14 de noviembre en la reunión de clausura de una «semana de enseñanza» organizada en Munster-en-Westphalia por los jefes de la asociación de muchachas alemanas del distrito:

«Creemos en un Dios y en su omnipotencia divina. El habernos enviado al *führer* Adolfo Hitler, es una prueba, según nosotros, de la intervención del Todopoderoso. Que el grito «Heil Hitler» sea una oración permanente: Señor, consérvanos al *führer*. Nunca ha estado tan asegurada la religión en Alemania como bajo el nacionalsocialismo. Millones de compatriotas alemanes han vuelto a creer hoy en Alemania, en el pueblo, en Dios y en el *führer*. Quien cree en el *führer* cree también en la omnipotencia divina.»

Se ha rebasado el neopaganismo. Se organiza una religión de Estado con sus locales de culto, sus ceremonias, de las que Adolfo Hitler, el enviado de Dios, será el gran sacerdote. Además, a través de su persona, el partido nacionalsocialista busca su propia deificación.

(«La Croix», 15-XII-37.)

Linterna mágica

El desencanto de las derechas

Imposible consolar a las derechas españolas que, desde el primer momento, se pusieron al lado del «generalísimo» Franco, con toda esa literatura de pacotilla que pesa abrumadoramente sobre las páginas de la Prensa facciosa. ¡Que les vayan a ellas con citas históricas y evocaciones de efemérides gloriosas! Pueden, si gustan, los escritores asalariados traer y llevar en sus plúmbeos escritos las figuras del pasado desde Gonzalo de Córdoba y Santa Teresa, hasta Calvo Sotelo. Sobre que las derechas no entienden ese lenguaje de relumbrón, la mayor parte de ellas desconocen a los personajes de quienes hablan. Lo que saben por triste experiencia es que «esto»—el movimiento salvador—no es lo tratado; no es lo que ellas creían y querían.

Las derechas pensaban que la rebelión militar se hacía para salvarlas a ellas, es decir, para mejorar aún más su situación privilegiada, ya que las derechas siempre han estado a salvo en España, incluso cuando advino la República. Y es, precisamente ahora, cuando Franco se proponía gobernar para ellas, cuando las hundió en la ruina, en la desesperación y en la muerte.

¿Ha sido para esto para lo que el «generalísimo» se sublevó en julio de 1936? Las derechas creyeron que era para destruir la obra social de la República; para volver a los tiempos «felices» en que los obreros cobraban jornales irrisorios; en que los terratenientes tenían sumidos a sus

labriegos en la indigencia y en la incultura. Creían que la revolución militar se hacía para afianzar el poderío de los ricos, el dominio de la Iglesia y la soberbia del militarismo monárquico y fascista. Y como creían todo esto, para llevar a buen fin la sublevación se pusieron al lado de los rebeldes y contribuyeron con su dinero al mejor éxito de la sublevación.

Pero el negocio les ha salido mal. Lejos de ver acrecentados su poderío y su riqueza, las bombas de los aviones extranjeros destruyen sus propiedades, sus fincas, sus palacios y sus fábricas; y las hordas extranjeras, que en un alarde de «patriotismo» hizo venir Franco a España, roban los tesoros del país, se adueñan de la tierra española y humillan a los nacionales.

Pero hay más. Los «estupendos» estadistas de la rebelión, los grandes políticos, creadores de la nueva «concepción social» dicen a los ricos, a las gentes pudientes, que no crean que cuando termine el movimiento con el triunfo absoluto de Italia, Alemania, Portugal y Marruecos, van a poder vivir como antes. No. Tendrán que prescindir de aquellas comodidades, de aquellos lujos, de aquellos despilfarros. No gozarán de la pasada influencia omnímoda, porque ahora toda la influencia la monopoliza Franco, Franco, Franco. Es posible que, después, hasta los señoritos españoles tengan que trabajar un poco. Tendrán, también, según el programa político que desde ahora les anuncian, que ceder parte de sus fortunas. Ante tales enormidades, los ricos españoles exclaman, mesándose los cabellos: «¿Y para venir a parar a esto se está derramando tanta sangre y se está destruyendo al país? ¿Para acabar quitándonos nuestro dinero se ha desencadenado semejante tormenta? ¿Para eso vemos invadido nuestro territorio y tenemos que convivir con las hordas salvajes del Rif? ¿Para eso nos obliga el «generalísimo» a vivir errantes, en el extranjero, como nuevos judíos, sin patria ni hogar? ¡No valía la pena! La República no se atrevió a tanto contra nosotros. La República respetó nuestros derechos, nuestros privilegios, nuestros intereses y nuestras creencias. La República jamás nos hizo pasar por la afrenta de vernos sometidos y humillados ante la grotesca soberbia de los voluntarios. No; eso, no. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas de los estadistas del movimiento salvador!»

Así hablan ahora—y si no hablan es porque no les dejan—las defraudadas derechas españolas, que ya están sintiendo en sus arcas las consecuencias de su imprudencia al entregarse en brazos de quien les prometió lo que no podía cumplir. Su ambición, su egoísmo les ha perdido para siempre.

T. MENDIVE

(«Le Sud-Ouest», Bayona, 27-XII 1937.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

La intervención de Alemania en España, con sus fuerzas aéreas

(Continuación)

Subiendo al tablado para gritarlo a la faz del mundo, Mussolini ha querido hacer creer a su pueblo que las divisiones italianas se cubrieron de gloria en esas empresas. En realidad, su papel ha sido muy mediano. Fué la aviación alemana la que conquistó la España del Norte. Las divisiones italianas, así como las divisiones españolas de Franco, no hicieron nada más que ocuparla.

Esto es lo que afirma un coronel de infantería que mandó una brigada, y luego una división, ante Bilbao, ante Santander y ante Gijón. Sus afirmaciones están confirmadas por el antiguo jefe de Estado Mayor por el antiguo comandante de la aviación del Ejército gubernamental del Norte.

Según ellos, no cabe duda de que, con aviaciones iguales, los gubernamentales se habrían «sostenido» a pesar de que sus fuerzas se componían de tropas improvisadas, integradas por hombres sin instrucción, de 20 a 40 años de edad; a pesar de que sus organizaciones defensivas no fuesen todas continuas, a pesar de que la artillería contraria fuese superior en número, de mejor calidad y estuviese mucho mejor provista. Ningún ataque imponente fué preparado por la artillería. Sola, no habría logrado buen éxito. Fué todo la aviación la que preparó los ataques. La aviación propulsó, hasta en las líneas de defensa, efectos extraordinarios, efectos morales enormes, efectos materiales considerables.

«A las puertas de Bilbao, por ejemplo —decía el coronel antes de morir—, perdí dos compañías completas que quedaron enterradas por las bombas de los aviones. Sus efectos alcanzan límites mucho mayores de lo que se supone. Realmente no había ataques de infantería. Después de muchos días de violentos bombardeos aéreos, cuando los ocupantes de las primeras líneas se hallaban ya todos enterrados, agotados o inmovilizados por esos bombardeos, la infantería tomaba posesión del terreno.

«Esos aviones operaban en un principio en masa; un día conté 117 en el espacio. Enseguida, vinieron por grupos, ocupando cada uno su zona, grupos que eran relevados por otros para mantener la continuidad del bombardeo. Aviones ligeros de caza y bombarderos los protegían y luego ametrallaban, incendiaban y destruían todos los objetivos que se les presentaban en las vías de comunicación de la retaguardia.

«Una aviación exclusivamente alemana, he aquí cuál fué la aviación que llevó a cabo esta obra terrorífica. Yo lo afirmo de acuerdo con informes recibidos de prisioneros y confirmados por este hecho probatorio: que en los 30 ó 40 aviones derribados en nuestras líneas del Norte, todos los tripulantes eran alemanes.»

El hombre que me hablaba así parecía regresar del otro mundo. Tal eran de infernales las visiones que evocaba su relato, en contraste con su estado personal, completamente calmado, sin pasión,

medurado en el tono y en la forma de su discurso y seguro de sus afirmaciones.

Con la acción metódica, continua, poderosa y bárbara de sus fuerzas aéreas, ha sido Alemania, pues, la que ha representado en España, desde la primavera, el papel más decisivo.

No cabe duda de que la situación será muy distinta en las operaciones que se desarrollarán en el frente oriental. Pero los hechos precedentes hacen pensar que Alemania e Italia van a reforzar muy poderosamente su aviación de caza en España, con objeto de emplear, en cuanto les sea posible, los mismos procedimientos que en el Norte, tanto contra las retaguardias como contra el frente. En este caso, la Humanidad no intervencionista asistiría a un espectáculo tan desleal, odioso y lamentable, que sería para Europa una gran catástrofe moral.

* * *

Muchos franceses no se conmoverán ante estos hechos escandalosos que expongo. Dirán, como estos días lo han hecho algunos oradores muy mal informados en la Cámara, que los gubernamentales han recibido por su parte quinientos cuarenta aviones franceses y que tienen a su servicio una aviación rusa y francesa.

En verdad, la aviación gubernamental es numéricamente menor, aunque, en calidad, es superior a la aviación nacionalista. Los aviones, los motores y los accesorios se fabrican en España, por españoles; toda la aviación gubernamental, excepto algunos pilotos, es española. Esto puede afirmarse de la manera más categórica.

* * *

Por un lado españoles, por otro alemanes e italianos, tal es el aspecto de la guerra de España en el dominio aéreo, tal es el resultado de la no intervención, que hoy se practica en sentido único.

Sea lo que fuere de la intervención y de la no intervención, la desgracia, bajo muchos aspectos, es que en Francia no queremos considerar objetivamente la guerra de España y sacar las gravísimas y saludables advertencias que nos proporciona en lo que respecta a nuestra seguridad.

Informado como hoy lo estoy, levanto mi voz, lamentando que no sea más fuerte, para decir que todo cuanto atañe a nuestra potencia aérea debe considerarse con la mayor seriedad, de la manera más realista, independientemente de toda incidencia política; Francia comete la imprudencia de no tener la voluntad bien definida, resuelta, a despecho de todos los obstáculos, de procurarse inmediatamente, tomando las medidas más audaces, más radicales, confiando su ejecución a hombres experimentados y capaces, un ejército del aire tan potente, por su calidad y por su número, como el de Alemania.

General ARMENGAUD Del ejército del Aire.

(«La Dépêche», de Toulouse, 15-XII-1937.)

NOTA INTERNACIONAL

Afilando las armas en la misma piedra

A la retirada de Mussolini de la Sociedad de Naciones ha seguido una declaración terminante de Hitler diciendo que Alemania no retornará jamás a la Sociedad de Naciones. Sabemos que se trata de valores convenidos. El eje Roma-Berlín-Tokio trata de desplazar la política internacional del meridiano de Ginebra. A pesar de las declaraciones del Duce, de que no ha habido en ello coacción exterior, va adivinándose el plan de las potencias imperialistas, cuyos tratados de amistad son realmente alianzas militares secretas.

Los acontecimientos se precipitan de tal modo, que en menos de dos semanas parece haber cambiado todo el panorama. ¿Quién diría, a raíz de la visita de Lord Halifax a Berlín, que Francia iba a robustecer inmediatamente sus relaciones con Inglaterra, o que las dictaduras mostrarían de nuevo a la faz del mundo la verdadera naturaleza de sus compromisos?

Es lo cierto, sin embargo, que estamos más lejos que nunca del «arreglo europeo» que preconizan ciertos panglossianos del Reino Unido y que los Estados totalitarios afilan sus armas en la misma piedra. Ni Alemania vuelve a la razón, ni Italia renuncia a sus planes en el Mediterráneo, ni el Japón se conforma con aplastar a la China del Norte, sino que aspira a anexionar el territorio y echar a rodar todos los obstáculos que puedan oponerse en nombre de la Conferencia de Washington.

Flándin, republicano de tendencias moderadas, acaba de regresar de Berlín y no oculta su pesimismo en cuanto a la posición intransigente del Tercer Reich. Landsbury, el renegado del laborismo inglés, que ha visitado a Goebbels, no sería extraño que obtuviese idénticas impresiones. Estos virtuosos del turismo político no van allí por su propia cuenta, sino enviados por grupos influyentes de sus respectivos países, deseosos de conocer a fondo el pensamiento del nazismo. ¿Pretenden la guerra los dictadores? ¿Están dispuestos a discutir de buena fe sobre las profundas diferencias que han entenebrecido el horizonte europeo? ¿O

se trata solamente de un chantaje que terminará en el momento mismo en que las democracias den el puñetazo sobre la mesa? Hay juicios para todos los gustos. Pero lo que en todas partes se comprende ya con absoluta clarividencia, es que los fascismos actúan en comandita, unidos en lo externo por el denominador común del pacto anticomunista; pero concertados en realidad para llevar adelante sus planes de un nuevo reparto del mundo.

Italia se encuentra muy lejos de ser «la nación satisfecha» de que ha hablado Mussolini después de la ocupación de Etiopía, queriendo hacer víctima a Europa de un nuevo fraude. Porque mientras hablaba así enviaba sus divisiones a España e intensificaba sus manejos contra las democracias en los países árabes. Pero Alemania quiere colonias y declara con singular cinismo que no le importa reivindicar aquellas que le quitó el Tratado de Versalles, entre otras razones porque algunas están en poder de sus aliados de hoy. El Tercer Reich mira, en efecto, hacia el Oeste, pero de vez en cuando vuelve los ojos a su enemiga secular, a Francia, de la cual dice el «Mein Kampf» que es la enemiga permanente de la nación alemana.

Quizá Hitler no se conformase ni siquiera con el Camerón o Angola, si se le ofreciesen en compensación a costa del sacrificio de dos naciones débiles.

El peligro no debe tener nada de imaginario cuando hasta la prensa reaccionaria francesa ha cambiado de color y atenúa bastante su simpatía por el fascismo. Ahí está «Pertinax», en el «Echo de Paris», echando cuentas sobre el armamento del eje Berlín-Roma-Tokio y estimando grave el entretenimiento de grandes fuerzas navales en el Extremo Oriente ante las contingencias de una posible acción mediterránea.

Mientras tanto, hay un tiroteo de notas entre Tokio, Washington y Londres y unas docenas de súbditos británicos y yanquis, sacrificados a la brutalidad nipona, exigen reparaciones que para las víctimas siempre serán tardías.

Berlín-Roma, eje de Europa

El N. S. D. A. P. (Partido nacionalsocialista del trabajo) ha decidido emprender una campaña de invierno por medio de conferencias y exposiciones, que tiene por fin estimular la «moral combativa» en el soldado. El hombre de confianza de Hitler, comandante Weberstedt, jefe de las fuerzas de asalto (S. S.), ha organizado una gran «tournée» para devolver la confianza en los diferentes miembros del partido. En el palacio imperial de Pirmasens se efectuó una reunión, en la que el comandante Weberstedt habló sobre el tema «Berlín-Roma, eje de Europa». Declaró lo que sigue:

«Francia, sobre cuya historia pesan 185 guerras ofensivas (Alemania sólo 24), continúa propagando la necesidad de defender su seguridad amenazada (por Alemania), a pesar de su inexpugnable «línea Maginot» y de su bien pertrechado ejército, que sólo con las tropas coloniales alcanza la cifra de tres millones de hombres. Entretanto, las más importantes líneas de ferrocarriles, así como la mayor parte de las minas de hierro de Alemania, están cerca de las fortificaciones francesas... Es un hecho el pacto militar con Rusia y, por lo tanto, la dependencia francesa de Moscú. Los rusos no disimulan sus propósitos de expansión en Europa. El Komintern ha hablado claro y lo que ha dicho no deja lugar a dudas respecto a lo que podemos esperar de Rusia. Esta nación, debido a sus riquezas naturales, dispone de un formidable ejército. La potencialidad de su gigantesca aviación no ha sido igualada por ningún otro país. Checoslovaquia se ha puesto a disposición de Rusia y se deja envenenar por ella. Construye aeródromos y fortificaciones frente a la frontera alemana. Nuestros defectuosos medios de defensa permitirían llegar desde la frontera checoslovaca a Dresde, en 9 minutos; en 32, a

Nuremberg; en 45, a Berlín; en 32, a Breslau, y en 47, a Munich.

Inglaterra, a pesar de ser un pueblo de nuestra misma sangre, no comprende lo que Alemania tantas veces ha tratado de demostrarle, o sea, el pensamiento y la voluntad nacionalsocialista. Todo ello está explicado por el espíritu comercial británico, el temor de perder su imperio, herido de muerte, el judaísmo y la francmasonería allí existentes.

Los Estados nórdicos, Suecia y Noruega, no ocultan su enemistad hacia el nuevo Reich. Un régimen socialdemócrata permitiría que Rusia no perdiese la esperanza de que se implante aquí algún día el gobierno de un complaciente Frente Popular.

Lituania, ese diminuto Estado báltico, será llevado con andadores por Moscú.

Ahora bien; en contra de estos Estados hay otros que se oponen abiertamente al bolchevismo. Polonia, Finlandia, Estonia, Hungría, Yugoslavia, Austria, Albania, Bulgaria, Grecia y recientemente Rumania. Uno de los más poderosos aliados de Alemania es Italia, la Italia de Mussolini, con su ejército modelo y su pueblo, que está atado al nuestro por los mismos intereses y las mismas necesidades.

Vemos, pues, cómo la situación política del Reich es completamente favorable. La capacidad como hombre de Estado de nuestro Führer, su sensibilidad diplomática, y nuestra nación, que ha vuelto a ser una potencia militar, hacen que miremos el futuro con gran confianza...

Esta exposición de la situación internacional demuestra cómo calculan los nazis y en qué Estados confían. Hablan de una situación política favorable y con ella se creen con perfecto derecho a toda clase de provocaciones.

(«Pariser Tageszeitung», 9-XII-37.)

La ortodoxia de los amigos y protectores del catolicísimo Franco

LA EDUCACION DEL DOCTOR GOEBBELS. UN PASTOR ALEMAN CONDENADO POR DIFAMACION (De nuestro correspondiente).

Berlín, 12.—Un pastor de la Iglesia confesional ha sido condenado a tres meses de prisión por un Tribunal especial de Darmstadt, por haber dicho que el Dr. Goebbels había sido educado en un colegio de jesuitas y que la hija del Ministro, de diez años de edad, estaba actualmente en una institución de la misma orden en Frankfurt A-M. El pastor fué además condenado a pagar las costas del juicio.

El Dr. Goebbels, dicen los periódicos, aprovechó la oportunidad que le deparaba el juicio para demostrar, de una vez para siempre, la falsedad de esta insidia, que, según parece, es utilizada con bastante frecuencia por los oradores de la Iglesia.

Declarando bajo juramento, el Ministro de Propaganda dijo que no había pasado un solo día, ni recibido educación alguna, en colegios de jesuitas, y que su hijo mayor—que sólo tiene cinco años—no estaba en ninguna residencia ni centro educativo alguno. Facilitó una lista de los colegios y universidades que había frecuentado, con el fin de demostrar que su educación no había transcurrido por cauces confesionales.

El tribunal decidió que las manifestaciones del acusado habían sido hechas con la intención de desprestigiar al Gobierno del Reich y a los dirigentes nazis.

(«The Times», 13-XII-37.)

Declaraciones del ministro francés del Interior con motivo de un nuevo descubrimiento de material de guerra

Paris, 16.—Refiriéndose al descubrimiento realizado ayer por la policía, de siete toneladas de material de guerra, el ministro del Interior, Dormoy, ha dicho esta mañana a los periodistas que «gran parte de ese material procede de la España facciosa, de la fábrica de armas de Toledo».

El ministro ha añadido: «Espero que los escépticos, ahora, cesarán en la existencia del complot.»

El ex oficial de aviación dueño del garaje donde se han encontrado las armas ha sido detenido. A pesar de la abundancia de pruebas, todavía hay escépticos. «L'Echo de Paris», por ejemplo, dice que la detención del general Dusseigneur responde a una venganza por haber denunciado al Gobierno dicho general un complot comunista que había de estallar el 15 de noviembre. La noticia había sido publicada hace días por la prensa fascista italiana, la cual aseguraba que el conflicto estaba señalado para el 15 de septiembre. De todas maneras, lo cierto es que el 15 de noviembre no se descubrió tal complot comunista, y sí, en cambio, el fascista.

EL ORDEN

¿Cómo nos han burlado las llamadas personas de orden. Proclamaban y defendían el orden en todos los sentidos: el orden social, el orden histórico, el orden jurídico, el orden económico, religioso, académico... Para mantenerlo y defenderlo habían organizado instituciones formidables: el Ejército, la Policía, la Guardia Civil, los Tribunales de Justicia, la Iglesia, la Banca, la Academia... El pueblo era, por suposición, por antonomasia, por creencia tópica, el enemigo del orden, el desorden en potencia.

Y de repente, todo el aparato del orden se declara en rebeldía contra el pueblo organizado en sistema político legal, en autoridad legislativa y ejecutiva; falta a sus juramentos de obediencia; deserta de sus obligaciones, agrede a la legalidad, y desde el campo de la sublevación grita, como pudiera hacerlo un jefe de pandilla en despoblado: «Viva el orden!»

Para mejor ilustrar su indignación, los defensores del orden denuncian el desorden en el campo abandonado; donde la ley se queda, indefensa, sin el auxilio de la fuerza coactiva. Allí, dicen los ordenancistas, se roba, se mata, se desobedece la autoridad. ¿Por qué? Porque el pueblo por sí mismo, sin más auxilio que el de su indignación, procede según los reglamentos dictados por las gentes de orden para el caso de un estado de guerra. El pueblo persigue a los rebeldes, les aplica el código militar, les confisca los bienes, improvisa una disciplina, organiza un ejército, forma una policía, restaura los Tribunales de Justicia, aplica el Código, restablece la economía nacional, reconstruye la industria, intensifica los trabajos agrícolas, resiste la insurrección, se acomoda en la técnica, mantiene las prácticas escolares, incrementa la producción científica y artística... «¡La anarquía!», denuncian los desordenadores de todos los deberes. «¡El comunismo!», insultan los transfugas de la democracia. Y en tanto, los acusados de estar implantando el comunismo en España, al año de la sublevación de las gentes de orden, cuando en sus manos está el hacer aquello que más les viene en gana, abren el Parlamento, aquel constituido según unas elecciones convocadas y presididas por los propios insurrectos. Los que tuvieron fuerza suficiente para desalojar a los militares de los cuarte-

les, los que pudieron resistir desarmados y dispersos la acometida de la organización militar, el contubernio de todas las reservas materiales y espirituales, la alianza de todos los poderes interiores y exteriores, en vez de cumplir con el propósito que les asigna el enemigo, en vez de desbordarse en la anarquía y establecerse en un sistema soviético, mantienen en el más alto puesto de la autoridad a un republicano, al mismo que había sido elevado a la Presidencia de la República por un Parlamento al que asistieron, para dar su voto favorable, los mismos que ahora quieren derrocarlo, cuando tan fácil les sería a los comunistas apearle del mando republicano como si fuera un generalito cualquiera escondido en el Cuartel de la Montaña.

Son divertidos estos hombres del orden. Tan divertidos que ahora frente al orden del pueblo, ante la disciplina y la obediencia democrática, se denuncian ellos mismos como una vieja organización para mantener y defender el desorden. El desorden en todos los sentidos; el desorden social, histórico, jurídico, económico, religioso, académico... La tierra para los parásitos, la historia para uso exclusivo del pasado, la justicia para el abuso de la fuerza, la economía para el placer de los privilegiados, la religión para la gloria de los camellos, la cultura para alimento de la hoguera.

No bastan los crímenes cometidos en nombre del orden. Es necesario mantener el desorden en el que se garantizan los crímenes del futuro.

Rafael SUAREZ SOLIS
(«Información», 16-XI-1937)

El «Deutschland» desembarca técnicos en Algeiras

Paris, 16.—La Agencia España recibe de Gibraltar una información, según la cual el acorazado «Deutschland» ha llegado ayer a Algeiras, desembarcando de él 30 técnicos alemanes.

Los facciosos mandan vagones de mercancías a Alemania

Paris, 16.—Comunican de Bayona a la Agencia España, que 30 vagones cargados de trigo, harina y aceite, salieron el 13 de diciembre de la estación de Miranda, provincia de Burgos, con destino a Alemania.